

MARÍA DEL ROCÍO ROSALES ORTEGA*

MODERNIDAD, NATURALEZA Y RIESGO

Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO
<http://www.clacso.org.ar/biblioteca> - biblioteca@clacso.edu.ar

INTRODUCCIÓN

El discurso de la modernidad transformó radicalmente la concepción y la forma de relación entre el hombre y la naturaleza. Conforme fueron avanzando los descubrimientos científico-tecnológicos, la visión de la naturaleza como determinante de la acción humana fue abandonada no solamente para dar lugar a una relación de control sobre la misma, que a su vez crearía novedosas situaciones de riesgo social que anteriormente no existían, sino también para reflexionar sobre nuevas formas dinámicas de interrelación de lo que anteriormente fuera concebido como una relación estática y determinista de la naturaleza sobre el hombre.

Hoy día, ante las novedosas situaciones provocadas por muchos de los descubrimientos científico-tecnológicos, se vuelve a reflexionar sobre la relación hombre-medio como una construcción social en donde no sólo el peligro producido por los diversos fenómenos naturales no ha sido controlado, sino que se han creado nuevas situaciones

* Coordinadora de la Maestría y Doctorado en Estudios Laborales, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México. Profesora-Investigadora Titular de tiempo completo en la misma universidad.

de incertidumbre y riesgo como consecuencia de las modificaciones del hombre sobre la naturaleza. Algunos de los nuevos elementos de riesgo provocados por el mismo hombre se relacionan con innovaciones tecnológicas tales como la energía nuclear, el crecimiento abrumador de sus ciudades, modificaciones genéticas tanto en la agricultura como en la ganadería, todos ellos factores que transforman a las sociedades e implican retos futuros.

Dadas las nuevas situaciones de incertidumbre y contingencia a las que se enfrentan las sociedades, es necesario reflexionar sobre las diferentes visiones que han existido sobre la relación naturaleza-sociedad, así como sobre sus consecuencias sociales, para buscar nuevas formas de interrelación que favorezcan la construcción de un equilibrio en la convivencia de los grupos sociales con su medio ambiente.

PRINCIPALES VISIONES SOBRE LA RELACIÓN HOMBRE-NATURALEZA

La relación sociedad-naturaleza ha implicado una discusión filosófica que ha permeado de manera explícita o implícita las diferentes disciplinas del conocimiento; a su vez, la forma en la que ha sido analizada y explicada ha dependido de las diferentes épocas del pensamiento humano.

En general, la percepción que se tenía en una época sobre la relación de los individuos y la naturaleza era compartida en diferentes disciplinas. Por esta razón, cuando hablamos de determinismo ambiental o posibilismo, encontramos grandes coincidencias en las ciencias sociales y en particular en la antropología y la geografía, disciplinas estas últimas que han compartido no solamente su interés por los descubrimientos y exploraciones (MacDowell, 2000), sino también su preocupación por la forma en que las sociedades han establecido relación con su medio ambiente.

DETERMINISMO AMBIENTAL

El estudio de la relación naturaleza-hombre, así como la explicación sobre la forma en la que ambos se relacionan, tiene su origen desde Platón y Aristóteles. Ambos filósofos consideraban que la naturaleza se regía por designios divinos, los cuales trascendían toda acción humana. De esta forma, la naturaleza era el origen y el motor de desarrollo de todos los seres vivos, así como de los elementos inanimados que constituían el cosmos (Medina y Kwiatkowska, 2000).

Con la idea de que el destino de los individuos y las sociedades estaban determinados por la naturaleza, la geografía y la antropología coincidieron en un tema de investigación que hoy día vuelve a encon-

trarse en la mesa de la discusión. A finales del siglo XIX y principios del XX, el geógrafo alemán Friedrich Ratzel defendió en su obra *Antropogeografía* la idea de que la actividad humana estaba determinada, en gran parte, por la naturaleza del entorno físico. Posteriormente, los geógrafos norteamericanos Semple y Huntington defenderían esta propuesta de manera más radical (Unwin, 1995; Durand, 2002).

La antropogeografía consistía principalmente en:

1) describir las regiones de la ecúmene y la distribución de la raza humana por ella; 2) estudiar los movimientos migratorios humanos de todo tipo con respecto, según sus palabras, ‘a su dependencia con la tierra’, y 3) analizar los efectos del entorno natural en el cuerpo y el espíritu humanos, tanto en individuos como en grupos sociales en su conjunto (Bassan citado por Unwin, 1995).

El determinismo ambiental intentaba explicar las formas de organización socio-económicas así como la cultura de los distintos grupos sociales, todos ellos elementos determinados por el ambiente en el que se desarrollaban. La consecuencia inmediata de este discurso es la legitimación intelectual de las colonizaciones, en donde las diferencias en torno a los distintos niveles de desarrollo económico son explicadas por el clima en el que se han desenvuelto las sociedades “subdesarrolladas” (Barnes y Gregory, 1997). El carácter racista de esta propuesta se manifiesta más claramente cuando se considera que son los colonizadores, comúnmente hombres blancos europeos, quienes proporcionan el conocimiento y la tecnología necesarios para salir del “subdesarrollo”.

La simplicidad del determinismo ambiental que se manifiesta en el hecho de reconocer la diversidad de formas de organización social vinculadas a su medio, sin explicar la distribución de las mismas, así como el creciente reconocimiento de la rapidez con que los grupos sociales podían modificar su entorno aún en las sociedades más simples, fomentaron el rechazo a las ideas del determinismo ambiental y abrieron un espacio de discusión al posibilismo y relativismo cultural (Durand, 2002).

POSIBILISMO AMBIENTAL

Para la década del veinte, la capacidad explicativa y el etnocentrismo del determinismo ambiental fueron evidentemente cuestionados por distintos frentes interrelacionados, entre ellos, el *posibilismo* desarrollado por la geografía regional francesa, el cual sugería que la naturaleza proveía de un rango de oportunidades entre las cuales los individuos podrían elegir una variedad de grados de acción; la *ecología humana*, que proponía un continuo ajuste entre individuos y ambiente natural, y el *paisaje cultural*, idea relacionada con el

antropólogo Carl Sauer, quien enfatizó la relación interactiva entre cultura y naturaleza, lo cual daba origen a una distintiva morfología del paisaje (Barnes y Gregory, 1997).

La estrecha relación entre la historia y la geografía permitió que el historiador francés Lucien Febvre recuperara del geógrafo francés Vidal de la Blache la visión posibilista de la relación hombre-medio ambiente, en la cual se reconocía que, aunque las características naturales podían influir en la organización humana, esta no estaba determinada por el medio ambiente (Claval, 1993). El espíritu del posibilismo se expresa claramente en las palabras de Febvre, quien mencionó: “No existen necesidades, sino posibilidades por todas partes; y al hombre como maestro de las posibilidades corresponde decidir sobre su uso” (Unwin, 1995). Con un ligero reconocimiento de la complejidad de la relación entre hombre-medio, los geógrafos se inclinaron por el posibilismo que, sin embargo, continuó teniendo un importante grado de determinismo al ser incapaz de explicar las crecientes diferencias sociales que comenzaban a manifestarse como consecuencia de las transformaciones experimentadas por las actividades agrícolas e industriales de inicios del siglo XX.

Por parte de la antropología, los trabajos de Boas y sus seguidores demostraron que muchos elementos culturales de las comunidades estudiadas se creaban de manera independiente del ambiente. Esto llevó a la conclusión de que, si bien algunos elementos del medio ambiente favorecían o limitaban comportamientos específicos de los grupos sociales, estos no determinaban el comportamiento cultural. A pesar del relativismo cultural, el posibilismo no lograría superar la tajante separación entre cultura y medio, situación que lo limitaría a realizar descripciones de casos particulares sin oportunidad de elaborar explicaciones sobre las conexiones culturales y ambientales que rodean a las comunidades (Durand, 2002).

Desde una perspectiva de género, resulta interesante observar las formas en que el determinismo y el posibilismo ambientales contribuyeron de manera diferenciada en la elaboración de las explicaciones de la conducta femenina y masculina. Las mujeres fueron y siguen siendo asociadas directamente con la naturaleza, ya sea por su carácter “irracional” o por su directa vinculación con la creación de vida, siempre determinadas por su “naturaleza” femenina. En cambio, las posibilidades de transformación y construcción del destino sólo se encontraban al alcance del hombre. “Tan absoluta ha sido la asociación de la Mujer con el mundo natural que las representaciones simbólicas de la Naturaleza y la Tierra han sido casi siempre hembras” (McDowell, 2000). A pesar de las transformaciones económico-sociales producidas por el industrialismo de principios del siglo XX, el

determinismo que explicaba la “naturaleza” femenina no sería cuestionado seriamente sino hasta finales de los años sesenta.

Finalmente, podemos decir que tanto el determinismo como el posibilismo ambientales, así como las otras vertientes mencionadas arriba, fueron incapaces de elaborar explicaciones más abstractas sobre la relación hombre-naturaleza y tuvieron poco que decir sobre el origen de la especificidad de los rasgos culturales de los géneros y grupos sociales, o sobre los factores culturales que caracterizan a las regiones.

MODERNIDAD, INDUSTRIALISMO Y CONTROL DE LA NATURALEZA

La modernidad se caracterizó por impulsar un profundo cambio en los modos de vida y la organización social que se extendió en todo el mundo. Los elementos que caracterizaron este proceso fueron: 1) un acelerado ritmo de cambio primordialmente impulsado por la incorporación de innovaciones y tecnología a las formas de organización social; 2) la disminución de las barreras de comunicación que dieron lugar a la organización simultánea de diferentes procesos de transformación social, y 3) la formación de las instituciones modernas en donde se sedimentaron los acuerdos, formas de vida e interrelaciones sociales (Giddens, 1994).

Las instituciones modernas conformadas por los sistemas expertos, entendidos como sistemas de logros técnicos o de experiencia profesional que organizan grandes áreas del entorno material y social en el que viven las sociedades (Giddens, 1994), lograron reemplazar el concepto de fortuna, que había dirigido y explicado el destino de los hombres, por el de riesgo; las contingencias que afectaban la actividad humana ya no serían atribuidas a ningún Dios o a la Naturaleza, sino que serían explicadas por la acción de los mismos hombres.

Las discusiones entre el determinismo ambiental y el posibilismo ambiental se produjeron a finales del siglo XIX y principios del XX, cuando las organizaciones sociales todavía contaban con una importante dependencia respecto de la producción agrícola y las ciudades no presentaban el impresionante crecimiento que se observaría en la década del cuarenta en los países desarrollados. Los avances tecnológicos que se observaron en el nuevo siglo no sólo cambiarían drásticamente la concepción de la relación hombre y medio ambiente, sino que también acelerarían las posibilidades de transformación de la naturaleza por parte del hombre. Si el posibilismo se había atrevido a cuestionar la visión mística y cosmológica de la naturaleza sobre el destino de los hombres, el industrialismo del siglo XX se encargaría de alterar radicalmente las concepciones predominantes, fomentando

una visión extrema sobre las crecientes potencialidades de control y destrucción que podía ejercer el hombre sobre la naturaleza. El industrialismo, dimensión institucional de la modernidad, se convierte en el eje principal de la interacción de los seres humanos con la naturaleza. De alguna manera, los papeles se invierten y encontramos un diferente tipo de determinismo científico-técnico en donde todo gira alrededor del hombre, y sus descubrimientos tecnológicos son el instrumento por excelencia para someter al medio ambiente (Delgado, 2000).

En las culturas premodernas, incluso en las grandes civilizaciones, los seres humanos se percibían a sí mismos esencialmente como entes estrechamente relacionados con la naturaleza, por lo cual las vidas humanas estaban unidas a los caprichos de esta, es decir, a la disponibilidad de fuentes naturales de subsistencia o a la abundancia o escasez de cosechas y animales de pastoreo, así como al impacto de los desastres naturales. El industrialismo trastoca de manera profunda la percepción del hombre sobre el mundo que lo rodea, al descubrir que ya no coexiste “dentro” de la naturaleza, sino que ahora puede existir “sobre” ella. Los entornos naturales se transformaron radicalmente para convertirse en entornos creados (Giddens, 1994). Como expresión de la racionalidad instrumental de la modernidad, la naturaleza es observada como un objeto ajeno y distante de la misma humanidad, que puede ser manipulado a discreción de esta última.

El marxismo contribuirá nuevamente a la discusión sobre las nuevas formas de relación con la naturaleza y, aunque ayudará a reconocer los mecanismos que producen una explotación diferencial de los recursos naturales por parte de los diversos grupos sociales, otorgará un mayor peso a las relaciones sociales para explicar la relación hombre-naturaleza. Esto significa que si bien aborda de manera crítica el capitalismo, no cuestiona de raíz el problema filosófico al que se enfrentan las sociedades actuales al considerar que la naturaleza existe para ser dominada como respuesta al determinismo del pasado (Barnes y Gregory, 1997).

La utilización de la tecnología y el industrialismo ha producido dos importantes manifestaciones a las que nos enfrentamos actualmente. Por un lado, la difusión del industrialismo ha creado un mundo más amenazante en donde existen cambios ecológicos reales y potenciales nefastos que afectan a todos los habitantes del planeta. El deseo de conocer y controlar la naturaleza ha sido sobrepasado por la racionalidad económica que dirige la explotación de los recursos en búsqueda del incremento del capital. Por otra parte, la explotación irracional de los recursos naturales también ha condicionado decisivamente nuestra conciencia de vivir en un solo mundo, situación que

cuestiona la racionalidad económica predominante y que pretende buscar diferentes opciones de interrelación con la naturaleza, sin regresar a las concepciones esencialistas sobre la misma.

SOCIEDAD DEL RIESGO Y CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA RELACIÓN HOMBRE-NATURALEZA

Hoy en día, los cambios producidos por el industrialismo han generado una serie de nuevos problemas que las sociedades de la premodernidad ni siquiera imaginaban. No solamente abandonamos la idea de la fortuna como eje directriz de la acción humana para sustituirla por el término de riesgo, según el cual los orígenes de nuestro quehacer cotidiano son responsabilidad enteramente humana, sino que además experimentamos nuevos problemas producto de la contingencia del comportamiento humano y social. “La modernidad tardía comparece como el umbral temporal donde se produce una expansión temporal de las opciones sin fin y una expansión correlativa de los riesgos” (Beriaín, 1996).

Con la firme convicción del dominio del hombre sobre la naturaleza, las sociedades del capitalismo han creado una enorme infraestructura técnico-científica que pretende resolver una serie de dificultades experimentadas por la humanidad. La biotecnología pretende resolver los problemas de la producción alimenticia modificando genéticamente los niveles de rendimiento de plantas y vegetales, o introduciendo nuevos alimentos para la producción animal, sin conocer con certeza las implicaciones para la salud humana y la misma naturaleza. El automóvil de inicios del siglo XX, que aumentó las posibilidades de desplazamiento de la población, ha generado un número de muertos mayor que las dos guerras mundiales y es considerado uno de los elementos más contaminantes de la atmósfera (Lezama, 2000). La utilización de plomo en la elaboración de materiales para la construcción o para la conservación de los alimentos ha fomentado la aparición del cáncer, una de las enfermedades que todavía representa uno de los principales problemas de salud a nivel mundial.

En su búsqueda de control, determinación de nuevas formas de vida y disminución del riesgo, las sociedades de hoy día han encontrado todo lo contrario; han encontrado la verdadera forma de funcionamiento de la realidad, en donde la incertidumbre y el caos, que siempre habían estado presentes, ahora se vuelven evidentes.

Ante esta perspectiva, tanto el constructivismo radical como los estudios ‘de Complejidad’ cambian radicalmente el punto de vista que ha dirigido el pensamiento clásico moderno y proponen una epistemología de segundo orden que, al incluir y responsabilizar directamente a los actores (científicos, políticos y ciudadanos en

general) en su conocimiento y relación con el medio ambiente, reincorpora la responsabilidad ética por toda la vida que se expresa en el planeta tierra. Si la objetivación del objeto hasta ahora conocida liberaba de la responsabilidad de lo que se hacía con ese objeto, los estudios ‘de Complejidad’ introducen en el mismo centro del proceso de conocimiento al sujeto cognoscente, que siente, desea, ejerce poder en todas y cada una de sus formas de relación en la sociedad y en el entorno ambiental en que se desenvuelve.

En este sentido, la bioética profunda elabora una propuesta más completa y ambiciosa de la relación del hombre con su medio, en lugar de limitarse a las responsabilidades éticas que se tienen en campos específicos del ejercicio profesional, tales como el trabajo médico-clínico, los códigos de ética de abogados y otras diversas áreas (Potter, 1998). Esta responsabilidad ética en la relación con el entorno que nos rodea también implica un cambio radical en el proceso de cognición de la realidad, la cual no puede concebirse como materia inerte disponible para nuestra investigación; en cambio, implica un proceso dialógico en donde todos y cada uno de los cambios en el ambiente generan reacciones no esperadas en las formas de organización social (Delgado, 2000).

BIBLIOGRAFÍA

- Barnes, Trevor and Gregory, Derek 1997 *Reading Human Geography* (London: Arnold).
- Beriain, Josetxo (comp.) 1996 *Las consecuencias perversas de la modernidad* (Anthropos).
- Claval, Paul 1993 *Initiation á la géographie régionale* (Paris: Nathan Université).
- Delgado, Carlos 2000 “Reflexiones epistemológicas sobre medio ambiente, determinismo e indeterminismo. Una mirada desde la complejidad” en *Diosa Episteme* (Rosario) N° 6.
- Durand, Leticia 2002 “La relación ambiente-cultura en antropología: recuento y perspectivas” en *Nueva Antropología* (México DF: CONACULTA/INAH/UCM) Vol. VIII, N° 61.
- Giddens, Anthony 1994 *Consecuencias de la modernidad* (Madrid: Alianza Universidad).
- Lezama, José Luis 2000 *Aire dividido. Crítica a la política del aire en el valle de México, 1979-1996* (México DF: El Colegio de México).
- McDowell, Linda 2000 *Género, identidad y lugar* (Madrid: Cátedra).

- Medina, Manuel y Kwiatkowska, Teresa 2000 *Ciencia, tecnología/naturaleza, cultura en el siglo XXI* (Barcelona/México DF: Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa).
- Potter, Van Rensselaert 1998 “Bioética puente, Bioética global, Bioética profunda” en *Cuadernos del Programa Regional de Bioética OMS-OPS*, N° 7, diciembre.
- Unwin, Tim 1995 *El lugar de la geografía* (Madrid: Cátedra).